

La derrota del guerrillero urbano en tres novelas latinoamericanas

Resumen

El presente trabajo de investigación realiza una aproximación a un grupo de novelas latinoamericanas en las que se representa como personaje al guerrillero urbano derrotado que, una vez termina el confinamiento en las filas de una organización político-militar, vuelve a enfrentar una vida cotidiana contra la que se levantó y que debe asumir a su pesar. Esa vuelta a la vida civil, ese retorno de la clandestinidad, implica para el individuo un desencuentro tan fuerte que, en ocasiones, es imposible su completa integración.

Palabras clave: Literatura, ficción, guerrilla, acción colectiva, movimientos sociales

Los movimientos armados que poblaron las selvas y calles de América Latina en los sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado, exitosos en unos casos, derrotados o desmovilizados mayoritariamente, dejaron su rastro en la novela latinoamericana, no solo como mera representación ni registro autobiográfico –aunque algo de ello hay– sino también como evidencia de la sensación de retorno después de ese confinamiento corporal y psicológico en un ideal, que implica formar parte de un movimiento subversivo.

Las huellas de la insurgencia, cuando no su apoyo abierto y deliberado, protagonizaron miles de papeles que volaban por los aires tras el estallido de bombas panfletarias. Por supuesto, con el paso de los años y el sosiego de la efervescencia, la literatura especializada llenó páginas enteras que dan cuenta de los hombres y mujeres, de los individuos que, entregados a la causa revolucionaria, dejaron de lado esa condición para sumarse a lo que podríamos llamar la acción colectiva contenciosa en la ciudad (Tilly, 2000: 136): la guerrilla urbana.

Existen dos momentos claramente delimitados que determinan el apareamiento de una novelística propia de los movimientos guerrilleros urbanos: el primero es el triunfo de la Revolución Cubana, en enero de 1959, y el segundo, el triunfo de la Revolución Sandinista en julio de 1979. Entre esos periodos, la historia registra a decenas de movimientos guerrilleros que han sido derrotados en todo el continente, ya sea en el campo militar, o por entrega voluntaria de las armas o por el asesinato de sus líderes más visibles. Como sea que se haya producido la sensación de derrota, el exguerrillero carga sobre sí el insufrible peso cotidiano de tragos amargos, de soledad, una existencia sin vigor (Kristeva, 1997: 10), en la que las posibilidades de salida se resumen en la muerte, el suicidio o la venganza.

La literatura de América Latina, particularmente la novela y el cuento, han sido proclives a dar cuenta de esta realidad, de esa sensación de estar “fuera de lugar” (Badiou, 2009: 80) y de que aun así este individuo extraviado debe hacer frente a las condiciones materiales, tangibles, reales de su existencia. La *derrota*

—esto es, no hacer la revolución y con ella hacerse del poder político que permita imponer un modelo económico o cultural— implica a posteriori la sensación de *fracaso* en la vida de ese individuo. Existe una marcada diferencia entre ambas categorías: la *derrota* entraña en sí misma una dimensión política, un atavío histórico que le es inherente, en tanto que el *fracaso* se dimensiona en un espectro humano, emocional, psicológico del individuo (Amar, Basile, 2014: 329) que perdió tal condición al formar parte del colectivo en el cual se inmiscuyó para llevar a cabo su lucha política. La derrota es colectiva y el fracaso individual.

Con la latencia de muerte que supone adentrarse en un movimiento político militar, el sujeto guerrillero demostraría que la prefiere a la negación de su ideal, que está por encima de sí mismo (Camus, 1982: 30). Como decía Leopradi, citado por Héctor Abad Faciolince: “Hay que tener mucha estima por sí mismo para ser capaz de sacrificarse a sí mismo”. Las dimensiones psicológicas que suponen la tragedia de la muerte, o de la derrota y el consecuente fracaso se

abordan desde perspectivas psicológicas, introspectivas, en las que el accionar del sujeto, su intención, es insuficiente en sí misma para alcanzar al objeto.

La suma de soledades que se expresa en el colectivo (Sartre, 1963: 435) que se junta con fines político-militares tiene su extremo opuesto cuando llega la hora de la derrota. Esa dispersión, la fragmentación del colectivo, supone la existencia de un individuo aislado, alienado en unas prácticas de la guerra y desorientado en una realidad de la que un día decidió expulsarse. Ahora debe retomar el camino inverso. Las relaciones de alteridad que implica la pertenencia a una guerrilla, donde el sujeto se relaciona con otro como un ajeno a él en un vínculo binario (que excluye al otro y a los otros), sin interiorización, se desmoronan, como sucede en *Teoría del desencanto* (1995), del ecuatoriano Raúl Pérez Torres. En esa novela, Pérez Torres da cuenta de una generación cuya historia se origina casi exclusivamente en el medio urbano, un relato íntimo o psicológico, con el uso de recursos vanguardistas como rupturas en la

linealidad del relato, monólogo interior, etcétera. “Tarde nos dimos cuenta, queríamos ser héroes guapos, altos y fornidos como Camilo Cienfuegos, y no simples combatientes silenciosos. Mentalidad heroica pequeño burguesa” (Pérez, 1995: 109). También toca temas como el destino de las clases medias intelectualizadas urbanas, marginalidad social o los conflictos de personalidad ligados con la sexualidad. “La actitud, el gesto fue decayendo en cada uno, como si una lepra comiera y amputara de raíz nuestros grandes ideales que se fueron pudriendo entre los huesos de la inconsistencia y la desesperanza” (Pérez, 1995: 17). Son las secuelas de la derrota, es el fracaso que se solidifica en la inconsistencia vital, ya no hay acción común, e igual que dentro de la militancia cada individuo es reemplazable sin que haya modificación alguna en la operatividad, en la vivencia de la derrota el individuo asume la intrascendencia pero ya sin ideales y sin objetivos que lo superen a sí mismo. La derrota y la desolación se presentan en esta novela que recoge la sensación de un Ernesto Che Guevara existencial, quien inicia su *Pasajes de la*

guerra revolucionaria (Congo) con una línea lapidaria: “Esta es la historia de un fracaso”.

Hay personajes que han optado por el olvido, por la distancia y el abandono de toda señal que le pueda recordar esa derrota política, es un “perdedor ético” –en palabras de Amar Sánchez– que decide tomar distancia de la participación política que impone la visión de aquellos que lo derrotaron y hace de este repliegue un puntal de resistencia (Sánchez, 2014: 330). Pese a la decisión del exilio que puede tener un guerrillero, la fuerza de esa circunstancia lo vuelve a hundir en esa esfera de tristeza y melancolía. “El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (Said, 2013: 179).

-Vine porque me llamaron. Me llamaron con lo de mi hijo. Yo nada que ver. Yo no organicé lo de la plata en Nicaragua. Eso fue cosa de Siete Puñales... de los gringos... no sé. Yo no tuve nada que ver con la contra. Lo mío eran ideales y no plata...

-Pero se esfumaron los ideales... y también la plata...

-Ni idea –dije alzándome de hombros. (Cortés, 1999: 205)

Este fragmento de *Cruz de olvido* (1999), del costarricense Carlos Cortés, revela cómo un hombre que desea aislarse de ese pasado de derrota vuelve a él obligado por las circunstancias. La novela narra la historia de Martín Amador, un hombre que diez años después de la revolución sandinista regresa a Costa Rica y descubre la realidad oculta del poder, al enfrentarse con un escenario lleno de violencia, miseria moral y corrupción. Enfrenta a un exguerrillero con una realidad de la que se alejó cuando decidió dedicar su vida a la lucha armada. Una trama en la que se escuchan múltiples voces: testimonios, anécdotas, cartas, denuncias, diálogos de testigos y protagonistas de una historia que exhibe menos certezas que interrogantes en personajes que buscan la distancia para sanar la herida abierta por la derrota, más alineados con la defensa que hace Hannah Arendt de la vida contemplativa del pensamiento, del retiro en soledad y de

la negativa a participar que con la predilección por la distancia y la prescindencia como políticas alternativas al poder estatal, esbozadas por Adorno.

Otro gran aporte narrativo de la ficción latinoamericana a la discusión sobre el rol posterior del guerrillero, una vez derrotado, es la noción de venganza, no siempre concretada –nunca en el corpus estudiado– de la manera que planea el individuo. En este rubro, la cota más alta la pone el argentino Martín Caparrós con su novela *A quien corresponda* (2008), en la que la memoria no es solo la suma de hechos del pasado sino una forma de interpelarlo utilizando la ambigüedad, la ironía, el doble sentido, con intención de revelar de a poco el discurso oficial que terminó con la guerrilla en ese país. *A quien corresponda* es la historia de una derrota decisiva, de una venganza demorada, de los crímenes de un Estado desatado, de la bendición eclesiástica para esos crímenes, de un amor que no puede terminar. Carlos, el personaje principal de la novela, militó en la izquierda revolucionaria. Treinta años después está convencido de que formó parte de “la generación

más fracasada de esta larga historia de fracasos que es la historia argentina” pero no quiere morir sin enfrentar un último fracaso posible: el intento de vengar a su mujer secuestrada, torturada, desaparecida, seguramente muerta. La venganza aparece, pues, como la posibilidad de continuar la militancia, de continuar con el ideal, aunque éste haya desaparecido de la esfera de lo real concreto. Se convierte en un motor que le indica a la psique del individuo que no ha claudicado, que no ha sido derrotado. Sin embargo, al aumentar el interés por el pasado las aspiraciones de futuro empiezan a marchitar en Carlos y empieza a habitar en un mundo esquizofrénico en el que mantiene monólogos dirigidos a su esposa muerta.

No, decididamente no podía hablarle del Mal. ¿De qué le iba a hablar? ¿De la pena que me daba morirme en esta época estúpida, de la tristeza de haber vivido los últimos veinte o veinticinco años en esta época estúpida y, ahora, saber que me iba a morir sin ver nada distinto? Si yo hubiera tenido su edad, esa estupidez no sería un tema: habría sido lo normal para

mí. Pero después de vivir años creyendo que el mundo podía ser algo extraordinario, me costaba resignarme a esta mediocridad insistente, sostenida y, ahora, sobre todo, me dolía resignarme a que nunca vería nada diferente (Caparrós, 2008: 147).

Tiene lugar aquí un fenómeno psicológico que envuelve la dinámica del derrotado: la nostalgia –del griego *nostos*, que significa regreso, y *algos*, que significa dolor, ese regreso hacia el lugar que no ha existido nunca o que ha dejado de existir y que representa dolor, pérdida y desplazamiento, pero representa también un idilio con la fantasía individual (Boym, 2001: 16). La forma que adquiere la nostalgia en Caparrós, su dimensión psicológica, no necesariamente se ancla en el pasado sino en sus márgenes, en lo que no aconteció, la propia muerte, por ejemplo. “¿Estás tan hecho mierda, tan derrotado, que no te quedan ganas ni de vengarte?”, se pregunta en un momento de la novela su personaje principal. Y como respuesta se encuentra a sí mismo deseando la muerte: “Lo tuyo es fácil, Estela. No tuviste que enfrentarte con el

fracaso. A veces no sabe cuánto te envidio” (Caparrós, 2008: 137).

CONCLUSIONES

La narrativa de ficción de América Latina da cuenta de los procesos político-militares que han tenido espacio en la región, tanto en el ámbito urbano como el rural. Estas narrativas de ficción se hacen, generalmente, desde el punto de vista de los derrotados que evidencian roles muy marcados y características de heroicidad desde un punto de vista diegético. La idea de la lucha de clases es la que rige la narrativa latinoamericana que se ocupa de este campo desde 1968 –fecha en que aparece País portátil– hasta 2008, cuando se publica *A quien corresponda*, de Martín Caparrós. Es decir, desde los periodos de auge de los movimientos revolucionarios hasta en sus estertores, dado que las FARC-EP y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) eran las únicas organizaciones político-militares visibles hasta el momento de la publicación de la última novela. En suma, una buena parte de la literatura latinoamericana entre la

década de 1990 y 2000 da cuenta de la tragedia emocional de una generación. La emergencia de movimientos armados urbanos en sus territorios y su posterior derrota por parte del Estado marcó a una generación de ciudadanos pertenecientes a la pequeño-burguesía de las principales ciudades del país cuya expresión literaria da cuenta de la época de angustia y desorientación en la que tuvieron que vivir. Acomodándose de a poco en un mundo del que renegaron y al que inevitablemente, cuando el suicidio no llega primero, se ven obligados a asumir.

El personaje del guerrillero derrotado en las novelas presentadas no logra su objetivo primigenio, el que es su motor, ya sea la venganza o el olvido, vuelve a ser derrotado por otras circunstancias y en otro terreno. Por momentos, llega a ser víctima de las condiciones, de la información que pudo poseer o él mismo es objeto de venganza por alguna acción realizada durante sus años de verde olivo. El acto del nacimiento del guerrillero está marcado por una angustia primigenia que lo encarna

desde el principio, la cercanía de la pérdida de su libertad o de su vida. De modo que se convierte en víctima por condicionamientos externos o por su propia ontología, casi una limitación funcional del yo, en palabras de Freud.

Cuando forma parte de una organización político-militar, el individuo pierde su condición de tal y pasa a ser un individuo-colectivo cuyos pensamientos, acciones, decisiones, caminos se definen no ya por su soberana voluntad sino que se pierden, se difuminan y acaso se confundan con las del colectivo del que forma parte. El individuo se enfrenta, en primera instancia, a la batalla de despojarse de sí para insertarse en otro yo colectivo que empieza a regir su vida. Pasado el tiempo, y con la derrota, disgregación o aniquilamiento del colectivo, el individuo sobreviviente debe volver como tal a su realidad y es entonces cuando sobreviene la angustia, porque aquello que dejó atrás ya no será lo mismo y él mismo lo verá con otros ojos. Ya no podrá desandar lo andado y entonces se sentirá exiliado en su propio espacio, entre sus familiares y en su país.

BIBLIOGRAFÍA

- Boym, Svetlana (2001). *El futuro de la nostalgia*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Camus, Albert (1982). *El hombre rebelde*. Madrid: Alianza Editorial.
- Caparrós, Martín (2008). *A quien corresponda*. Barcelona: Anagrama.
- Cortés, Carlos (1999). *Cruz de olvido*. Madrid: Veintisiete Letras
- Duchesne, Juan (2010). *La guerrilla narrada: acción, acontecimiento, sujeto*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Freud, Sigmund (1979). Obras completas: *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hobsbawm, Eric (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori.
- Kristeva, Julia (1991). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Moreano, Alejandro (1990). *El devastado jardín del paraíso*. Quito: El Conejo.
- Oltone, Ernesto (2008). *Después de la quimera*. Santiago de Chile: Random House Mondadori.
- Pellion, Frédéric (2003). *Melancolía y verdad*. Buenos Aires: Manantial.
- Pérez, Raúl (1995). *Teoría del desencanto*. Quito: Libresa.

* **Santiago Aguilar Morán**. Comunicador social de la Universidad Central del Ecuador, Licenciado en Educación por la Universidad Indoamérica, Maestro en Comunicación con Mención en Opinión Pública, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO sede Ecuador, Candidato a doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Complutense de Madrid y graduado del Posgrado Internacional Herramientas para periodismo de Investigación, en el Instituto Internacional de Periodismo José Martí de Cuba. Actualmente, también se desempeña como catedrático de la Universidad Central del Ecuador en las áreas de periodismo político y periodismo social.